

SAN NICOLÁS DE TOLENTINO

San Nicolás fue un fraile sencillo, amable, sin educación especial, sin responsabilidades públicas, muy dado a la oración y a la ascesis. Vivió en la segunda mitad del siglo XIII, sin salir nunca de los conventos agustinos de las Marcas, una región de Italia con una parte montañosa que mira al centro de la nación y otra formada por una larga franja marítima abierta al Adriático y al Oriente. En esa región nació, en ella desarrolló su apostolado, en ella murió y en ella se conserva su cuerpo.

Cabría imaginarlo, pues, como un santo local, identificado con su tierra y su orden, de escasa significación para los cristianos de otras regiones o de otros grupos religiosos. Sin embargo, su culto ha rebasado esos confines geográficos y

temporales. La Iglesia lo ha incluido en el calendario universal; un papa lo llamó protector de la Iglesia universal; ciudades como Venecia, Florencia, Nápoles, Amberes, Lima, México o Manila le han escogido por copatrono; pintores de fama han reproducido su vida desde su muerte hasta el día de hoy –baste recordar frescos que Juan Barba pintó para la iglesia madrileña de Santa Rita en la década de los 50–; Lope de Vega la cantó en la comedia *El santo de los milagros* etc. Iglesias, oratorios y capillas dedicados a él surgen en todas partes del mundo, especialmente en Italia y en el mundo hispánico, de España a México y de Perú y Colombia a Filipinas.

Una vez más se cumple la ley que liga el influjo social de una persona a la fidelidad a las exigencias concretas de su vida personal. Otras

razones fueron más circunstanciales. Una fue la afirmación de la orden agustina que en esa época alcanzó la mayoría de edad y vio en el santo de Tolentino la encarnación de su espiritualidad y el sello de su fecundidad. También influyó la temprana asociación de su nombre con la devoción a las almas del purgatorio, que por aquellos años se estaba difundiendo en la Iglesia. Los Concilios I y II de Lyon (1245 y 1274) acababan de formular la doctrina del purgatorio y poco más tarde Dante la plasmaría en las páginas inmortales de la *Divina Comedia*.

De su vida poseemos información suficiente y fidedigna. Pedro de Monte Rubbiano escribió su vida hacia el año 1326, y en el verano de 1325 se instruyó su proceso de canoniza-

ción, en el que declararon 365 testigos. Ninguna de las dos fuentes es plenamente satisfactoria. La biografía es de corte apologético y se demora en visiones y milagros. Salta demasiado a la vista su preocupación por ensalzar al santo y presentarlo como una prueba tangible de la fecundidad espiritual de la nueva orden. La segunda pretende demostrar su santidad y se desentiende de cuanto no fuera conducente a ese fin. Con todo, entre las dos aportan material suficiente para reconstruir su vida con relativa exactitud.

Formación y primeros pasos apostólicos

Nicolás nació el año 1245 en Sant'Angelo in Pontano, un pueblecito del centro de Italia, no muy distan-

te del Adriático. Fue el primogénito de Compañón y Amada, que atribuyeron su nacimiento a la intercesión de san Nicolás de Bari, cuyo sepulcro acababan de visitar en demanda de descendencia. El mismo santo se lo confesó a un amigo: “Sábetse, Berardo, que mi padre y madre no eran personas de prestigio ni ricas. Pero deseaban tener un hijo...”. Tras él llegaron otros dos hermanos. Uno de ellos, de nombre Gentile, moriría a manos de salteadores de caminos hacia 1272 y se habría librado del infierno por intercesión de Nicolás.

Nicolás fue un niño tranquilo y dado a devociones. Desde los 6 años asistió a la escuela parroquial y sus padres le tenían encomendada la distribución de la limosna a los pobres. Hacia los 12 años entró como oblat

en el convento local de los ermitaños de Bréttino, una de las ramas que, al fundirse, dieron origen a la orden agustina en 1256. En sus claustros se educó y en ellos sorbió el amor a la austeridad que impregnará toda su vida. El 4 de marzo de 1261, tras el preceptivo año de noviciado, emitió la profesión religiosa en San Ginesio. A continuación cursó la filosofía y teología en conventos vecinos. Hacia el año 1270 recibió la ordenación sacerdotal en Cíngoli de manos de san Bienvenido, obispo franciscano de Ósimo (ca.1200-82). Era un joven más bien alto, de unos 1,75 cms. de estatura, lampiño y de grandes ojos almendrados.

Al parecer, su primer destino fue la predicación. Fuera de un año que ejerce de maestro de novicios en

San Elpidio, de 1269 a 1275 recorre los pueblos de la comarca, predicando advientos y cuaresmas, lo que le obliga a cambiar a menudo de residencia. La fatiga y las penitencias hicieron mella en su salud, siempre delicada. Su rostro macilento asusta a un pariente, canónigo regular en las cercanías de Fermo, quien le reconviene y trata de apartarle de una orden que, en su opinión, no cuidaba de la salud de sus miembros. En su comunidad podría dedicarse a la oración y al apostolado sin poner en peligro la salud. Nicolás rechazó la propuesta como una tentación: “Querido primo. No todas las llamadas son iguales. A mí el buen Jesús me ha señalado esta vía. O permanezco en ella o llegaré a ser un réprobo”.

El santo de Tolentino

En 1275 cambió el escenario de su vida. Quien durante años había vagado de convento en convento, sin morada fija, se convierte en conventual perpetuo de Tolentino. Tolentino era una ciudad de unos 2.000 habitantes, que todavía dependían masivamente de la agricultura. Pero el comercio y los servicios estaban dándole aspecto de ciudad. Los agustinos llevaban en ella unos 20 años y estaban levantando un convento para unos 15 frailes. El pueblo y la comarca les proporcionaban ocupación abundante y suficientes medios de vivir.

Es probable que Nicolás llegara a Tolentino en busca de descanso y recogimiento. O quizá le llevaran otras razones que no han llegado has-

ta nosotros. Pero desde el primer momento se sintió a gusto en ella. Sintonzó con sus habitantes, a quienes repartirá alimento espiritual y temporal durante los treinta años que le quedaban de vida. Será confesor de casi todos ellos, socorrerá a los desvalidos, cuyas casas visitará con frecuencia, y a todos llevará una palabra de consuelo y esperanza. Incluso de muerto seguirá iluminando la vida de la ciudad, dándole proyección universal y atrayendo hacia ella las miradas y las pisadas de multitudes de fieles.

Su vida externa se resume en pocas frases. Participa en los servicios religiosos de la comunidad, la ayuda en sus necesidades económicas, incluso mendigando de puerta en puerta, se preocupa de la marcha de la obra del convento y, sobre todo, se

entrega a la oración y al alivio de las necesidades de los fieles. En su corazón, inflamado en amor divino, encuentran eco tanto las conciencias heridas por el pecado como los cuerpos destrozados por el hambre, la enfermedad o las calamidades naturales.

Dios era su centro y en torno a él giraba toda su jornada. A excepción de tres o cuatro horas de sueño, otras tantas dedicadas al confesonario, la lectura y el estudio más el tiempo de las comidas y los ratos de esparcimiento comunitario, toda su jornada la dedicaba a la oración. A la misa diaria, a la que anteponía siempre la confesión sacramental, al oficio divino y a la contemplación añadía una letanía de salmos, jaculatorias, ave marías y otras oraciones vocales.

Dios embargaba su alma y sólo en la oración encontraba liberación y descanso. “Lo que nosotros juzgaríamos encogimiento o modestia timorata, en san Nicolás es entrega consciente y actual a Dios. Cuando por la calle, en la iglesia o en el confesonario lleva la capucha calada o los ojos bajos, hasta el punto de que penitentes asiduas confiesen no haberle visto los ojos, ni aun la cara, no es por pusilánime o esquivo; tan sólo ocurre que está imantado de Dios en su más profundo centro” (Panedas, *El primogénito*, 17-18).

Y junto a la oración, la ascesis. Durante el año ayunaba cuatro días por semana; en adviento y cuaresma, todos los días menos el domingo. En los últimos lustros de su vida no probó la carne ni el pescado ni los lacti-

cinios. Se alimentaba a base de legumbres, verduras y pan, y a menudo los desazonaba con una buena dosis de agua fría o el abuso de condimentos. Algún día a la semana se concedía algún vasito de vino, aunque de ordinario lo mezclaba con agua. Particularmente reacio se mostró al consumo de la carne. Sólo por obediencia llegó a probarla alguna vez en sus últimos años. Y aun entonces se las ingenió para conjugar la obediencia con la mortificación. En una ocasión llevó a la boca un trocito de ave y lo demás lo envió a otros religiosos enfermos. El obispo de Camerino cuenta que en otra ocasión intimó el vuelo a dos perdices asadas que le ofrecía una devota, y ellas obedecieron al instante: “Seguid vuestro camino. E,

inmediatamente, las perdices echaron a volar”.

También era muy parco en el dormir. Y las pocas horas que concedía al sueño las pasaba sobre una pequeña yacija de paja con el manto por cubierta y una piedra por almohada. Todavía habría que añadir el uso de disciplinas y cilicio, amén de las repetidas vejaciones del diablo, que, según su primer biógrafo, le habría procurado contusiones y heridas, que una en una ocasión le habrían obligado a guardar cama durante 20 días.

Estas penitencias asustan y nos mueven a imaginar a Nicolás como un asceta hosco, reconcentrado sobre sí mismo, con el entrecejo fruncido y el semblante duro. La realidad era muy otra. Los testigos del proceso

hablan con rara unanimidad de un Nicolás afable, de mirada dulce, acogedor, que se adelantaba a las necesidades de los frailes y solicitaba pitanzas especiales para los huéspedes, enfermos y religiosos sometidos a algún trabajo más intenso. “Gozaba mucho viendo disfrutar a los frailes”.

Era un asceta que se enternecía con los pobres y se compadecía de los penitentes. No menos de cien pobres socorría en sus últimos años. Otro testigo dice que su caridad llegaba a todos los menesterosos de la ciudad. En el sacramento de la penitencia era paciente y bondadoso e imponía penitencias leves, encargándose él de suplir lo que podía faltar a la penitencia canónica. Sólo con los poderosos se mostraba inflexible, denunciando sus atropellos y extralimitaciones. En

su círculo de amistades aparecen personas acomodadas, pero, según los testigos, sólo visitaba sus casas cuando era requerido, mientras que en las de los pobres se presentaba a cualquier hora y sin previo aviso.

Nicolás murió el 10 de septiembre de 1305 a los 60 años de edad. Meses antes había tenido el presentimiento de su próxima muerte por medio de una estrella que noche tras noche trazaba una parábola entre su pueblo natal y Tolentino. El 28 de agosto, fiesta de san Agustín, ya no pudo levantarse, el 9 de septiembre se despidió de la comunidad y al día siguiente rindió plácidamente su alma al Creador, abrazado a un *lignum crucis* que él mismo había fabricado.

Su sepulcro se convirtió muy pronto en lugar de peregrinación y

todavía hoy continúa atrayendo a los devotos. En 1325 se abrió el proceso de canonización y el 5 de diciembre del año siguiente ya se pudo entregar al papa en Aviñón. En él se citan 301 prodigios. Sin embargo el cisma que afligió a la Iglesia en los decenios siguientes, retrasó su canonización hasta el 5 de junio de 1446.

Su fama de taumaturgo, asociada a los panecillos que muy pronto comenzaron a repartirse en recuerdo del pan bendito que le habría devuelto la salud, y a la devoción a las almas del purgatorio, extendió su culto por toda la Europa medieval. El 10 de junio de 1884 León XIII aprobó la Pía Unión de san Nicolás en favor de las almas del purgatorio.

Su cuerpo fue escondido para evitar la profanación y sólo se descu-

brió en 1926, siendo colocado en una elegante cripta de la basílica con que los agustinos de Tolentino han honrado a su santo patrón. En 1976 fue reconocido por profesores de las universidades de Génova y Roma.

El Septenario del santo en su fragio de las almas del Purgatorio recuerda dos escenas de su vida. La primera es la aparición de fray Peregrino de Ósimo que con voz lastimera le suplicaba la celebración de una misa que le libraría de los tormentos del purgatorio; y la segunda, la muerte violenta de su hermano Gentile a manos de unos salteadores. Nicolás teme por su salvación eterna y durante quince días multiplica sus ayunos y sus plegarias. A los siete días Peregrino se le aparece de nuevo agradecido de su ayuda que le permite gozar

ya de la beatitud eterna en el cielo. La gratitud de Gentile le llega mientras Nicolás está encendiendo una lámpara ante el Santísimo expuesto: “Hermano, doy gracias a Dios y a nuestro Señor Jesucristo que, en atención a tus súplicas, me ha liberado, a pesar de estar condenado” (Panedas, *El santo de la estrella*, 66-70).

Bibliografía

Il processo per la canonizzazione di san Nicola da Tolentino. Edizione critica a cura di Nicola OCCHIONI, Roma 1984; Petrus de MONTE RUBBIANO, “Vita S. Nicolai Tolentinatis”: *Acta SS., Sept.* III, 644-64; Luis CAMBLOR, *Vida de San Nicolás de Tolentino*, Madrid 1951; Domenico GENTILI, *Un asceta e un apostolo. S. Nicola da Tolentino*, Milán 1966;

Pablo PANEDAS, *Nicolás de Tolentino. El primogénito de la familia agustiana*, Marcilla (Navarra) 1991; IDEM, *El santo de la estrella. San Nicolás de Tolentino*, Madrid 2005. *Mayéutica* 32 (2006) . Sobre la riquísima iconografía del santo son fundamentales los tres volúmenes que la colección que los agustinos italianos han dedicado a ese tema.